

La política del análisis organizacional*

Richard Marsden**

Introducción

En este trabajo quiero examinar algunas cuestiones planteadas en *In Defence of Organization Theory: A Reply to the Critics [En defensa de la teoría de la organización: una respuesta a los críticos]* (1985) de Donaldson, pero no exploradas en “Offence and Defence in Organization Studies: A Symposium” [Ataque y defensa en los estudios de la organización: un simposio] (*Organization Studies*, número especial, 1988).

Donaldson observa que “en gran parte de la discusión acerca de los estudios tradicionales de la organización se formula el interrogante fundamental: ¿puede existir una ciencia de las organizaciones? (Donaldson, 1985: 75, y Hinings, 1988: 4). Este interrogante plantea dos problemas: la condición ontológica de las organizaciones y la condición epistemológica de la teoría de la organización (Burrell y Morgan, 1979: 298-299). La aplicación de las técnicas de las ciencias naturales a las organizaciones, y la consiguiente creencia de que las organizaciones son cosas concretas y sólidas fueron cuestionadas por los críticos (Burrell y

* La tesis de este trabajo se origina en el documento “The Politics of Industrial Relations Theory” [“La política de la teoría de las relaciones industriales”], que Gibson Burrell y yo presentamos en la Unidad de Investigaciones sobre las Relaciones Industriales de la Universidad de Warwick en junio de 1989, el cual me hizo pensar por primera vez en la relación entre el realismo y Foucault. Quiero agradecer los comentarios de Richard Hyman, Gibson Burrell, Paul Edwards, a los revisores de *Organization Studies*, como Mike Reed y David Knights, y al coeditor Hans Pennings y a los participantes en la conferencia “Hacia una nueva teoría de las organizaciones”, realizada en la Universidad Keele en abril de 1991, donde presenté una versión anterior de este trabajo. Expreso mi gratitud a todos y hago el habitual descargo de responsabilidades.

** El autor es profesor de la Facultad de Estudios Administrativos de la Universidad de Athabasca. Este artículo fue publicado en 1993 en el número 14/1 de la revista *Organization Studies*. Se agradece tanto al autor como a la revista permitarnos su reproducción en español.

Morgan, 1979: 398; Clegg y Dunkerley, 1980: 257-262) a los que Donaldson afirma haber “derrotado” (Donaldson, 1988: 28). Esas críticas de la teoría positivista de la organización, según Donaldson, “resultan una apreciación errónea de la filosofía de la ciencia” o reflejan una “interpretación equivocada de la teoría sociológica” (Donaldson, 1985: 173 y 51). Al evaluar este comentario, es importante observar que esas críticas no eran simplemente antipositivistas —como supone Donaldson (Donaldson 1988: 28)— sino que contenían la simiente del entonces naciente concepto realista de la ciencia (Bhaskar, 1978; Keat y Urry, 1975; Burrell y Morgan, 1979; Clegg, 1983). El realismo repudia la descripción que hace el positivismo de la práctica de las ciencias naturales, y proporciona una alternativa amplia para este usurpador del título de ciencia (Bhaskar, 1978: 8). Al introducir el realismo en el debate acerca de la teoría de la organización, cambian por completo sus términos. Las críticas de la teoría positivista de la organización se pueden fundamentar recurriendo a este concepto rival de ciencia; no se trata de una “apreciación errónea” de la filosofía de la ciencia ni de una “interpretación equivocada” de la teoría sociológica. La defensa de Donaldson de la teoría positivista de la organización es doblemente incorrecta: no solamente se equivoca al defender la aplicación de las técnicas de las ciencias naturales a los fenómenos sociales (Donaldson, 1985: 75), el positivismo ni siquiera es una descripción exacta de lo que realmente hacen los especialistas en las ciencias naturales (Bhaskar, 1978; Holton, 1968).

Este trabajo tiene cuatro objetivos amplios. En primer lugar, introducir el realismo como un medio para resolver el atolladero dentro de la teoría de la organización, caracterizado por Donaldson en términos de aquellos que están a favor del positivismo y de aquellos que están en contra de él. En segundo lugar, criticar la defensa de Donaldson de la teoría positivista de la organización recurriendo a los avances en la filosofía del realismo posteriores a las críticas que intenta refutar, en particular la obra de Roy Bhaskar (1978, 1986, 1989a, 1989b). En tercer lugar, argumentar que las limitaciones de la teoría crítica de la organización y su sensibilidad al contraataque positivista de Donaldson son atribuibles al fracaso en desarrollar esta alternativa realista y a la consiguiente persistencia de una ontología empirista (la negativa a reconocer la realidad de cosas no empíricas), un supuesto previo en la teoría positivista del conocimiento que no ha sido tocado por la crítica. Por último, reconciliar la anterior problematización de la epistemología y la ontología hecha por los críticos (Burrell y Morgan 1979; Clegg y

Dunkerley 1980) con su reciente interés en el posmodernismo (Burrell, 1988; Cooper y Burrell, 1988; Clegg, 1989a, 1989b; Clegg, 1990) realizando una lectura realista de Foucault y explicando su importancia para el análisis organizacional.

¿Qué es el realismo?

Toda teoría del conocimiento entraña una teoría de los objetos del conocimiento. El desinterés por esas cuestiones filosóficas no es una opción legítima. El problema no es si hay una ontología, sino cuál. La ontología del realismo se caracteriza por su aceptación de la posible existencia de entidades reales pero no empíricas —por ejemplo, quarks, campos magnéticos, estructuras sociales— que generan acontecimientos observables. Discrepa con el empirismo en que agrupa en la categoría de experiencia tres niveles ontológicamente diferentes: las redes no empíricas, reales, de estructuras orgánicamente conectadas (‘lo real’) que toman la forma de acontecimientos (‘lo actual’), algunos de los cuales son conceptualmente mediados en la experiencia (‘lo empírico’). Por consiguiente, “lo empírico es sólo un subconjunto de lo actual, que a su vez es un subconjunto de lo real” (Bhaskar, 1989a: 190). Estos tres niveles de la realidad están relacionados entre sí, pero son distintos e irreductibles: pueden existir las estructuras pero se neutralizan y, en consecuencia, no producen acontecimientos reales y se pueden producir acontecimientos sin ser experimentados (Bhaskar, 1989a: 16).

Esta ontología invierte la primacía tradicional de lo empírico. Como la observación es mediada conceptualmente, lo empírico es tenue, está sujeto a la reinterpretación y se expande con nuestro conocimiento. El objeto primario de la ciencia no son los patrones empíricos de los acontecimientos, sino las entidades reales de las cuales los acontecimientos son la forma fenoménica. Como señala Bhaskar (1986: 106), “el mundo está constituido por cosas, no por acontecimientos”.

Esta ontología tiene importantes explicaciones epistemológicas y metodológicas.

El realismo rechaza el modelo del empirismo de una causalidad como conjunción constante, en la cual se ven la causa y el efecto como acontecimientos temporal y espacialmente distintos, ya que las apariencias pueden engañar y relacionar en forma causal cosas que tal vez no estén constantemente asociadas. Más bien, la causalidad es la capacidad de un objeto de actuar, que es intrínseca a sus estructuras

Richard Marsden

y mecanismos. Esta capacidad, o poder causal, existe independientemente de su ejercicio y de la experiencia de conjunciones constantes entre sus formas fenoménicas. El poder causal puede ser poseído y no ejercido, ejercido y no realizado, y realizado y no percibido (Bhaskar, 1989a: 16). Por lo común, los acontecimientos son conjunciones de múltiples causas que tal vez no sean evidentes para la experiencia. Sobre esta base, la ciencia está fundamentalmente interesada en los poderes causales de los mecanismos que hacen que sucedan las cosas, más que en el flujo de los acontecimientos empíricos.

La refutación del realismo del modelo de causalidad como conjunción constante entraña el rechazo del modelo deductivo nomológico de explicación, y la creencia con él relacionada de que la predicción y la explicación son simétricas, puesto que si las apariencias pueden engañar y la regularidad empírica es un mal indicador de los mecanismos causales, entonces no se pueden deducir los acontecimientos a partir de leyes explicativas. La ciencia razona “retroinductivamente” (*retroductively*) desde las apariencias empíricas a las esencias o estructuras subyacentes: ¿qué mecanismos tendrían que existir para que el mundo empírico aparezca en la forma en que lo hace? (Sayer, 1979). El realismo se ocupa de la naturaleza intrínseca de los objetos, sus propiedades, disposiciones y capacidad para actuar. La tarea es crear modelos y teorías explicativas que describan los poderes y tendencias de los mecanismos de los objetos reales, de tal modo que si “representaran correctamente esas estructuras y mecanismos, los fenómenos se explicarían entonces desde el punto de vista causal” (Keat y Urry, 1975: 35).

La postura realista en cuanto a la teoría se expresa en la idea de la constitución del objeto: “conceptualizar en oposición a la *melange* empírica, un tema (estratificado) de indagación no empírico pero real, que designe el foco apropiado del pensamiento científico” (Bhaskar, 1986: 105, n. 4). Esto se logra elaborando definiciones “reales” (en contraste con las nominales), es decir, exposiciones con compromisos ontológicos que describen la naturaleza básica de la entidad o estructura. Por ejemplo, “una definición real del agua sería que sus moléculas están constituidas por dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno” (Outhwaite, 1987: 45). Las abstracciones de la constitución del objeto no son generalizaciones a partir de lo empírico, ni conceptos bajo los cuales se agrupan categorías similares de acontecimientos, sino intentos de designar las conexiones necesarias entre objetos interna u orgánicamente relacionados que generan lo empírico. “Lo ‘abstracto’, si bien no empírico, puede no obstante designar lo que es real” (Bhaskar,

1986: 108). Las “reglas de correspondencia” no se refieren a las relaciones entre los términos de observación y los teóricos, como en el positivismo, sino a las relaciones causales entre estas entidades reales y las formas de su apariencia (Keat y Urry, 1975: 38).

La definición real y la constitución del objeto son esenciales, ya que sólo cuando hemos definido lo que es una cosa podemos formular hipótesis sobre sus mecanismos causales, es decir, lo que ha hecho, puede hacer y tal vez haga. Esta ontología, en la cual la teoría describe las relaciones reales en lugar de simplemente proporcionar un marco para ordenar los hechos, hace hincapié en la precisión conceptual. La teoría se expresa en el lenguaje, se confirma en el diálogo. El lenguaje en la ciencia es análogo a la geometría en la física: la precisión del significado, más que la exactitud de la medición, es el árbitro de la teoría (Bhaskar, 1989b: 46).

Si bien el realismo subraya la importancia de la formación de conceptos, no justifica ninguna teorización ni estructuralismo idealista: es un concepto de la ciencia aplicada. A pesar de que fue concebida para la elaboración de teorías, la realidad de las entidades o estructuras hipotéticas se puede demostrar mediante pruebas empíricas (Bhaskar, 1989a: 20) conforme a los criterios de exhaustividad, independencia y consistencia (Hanson, 1958; Sayer 1979). El trabajo teórico es la “retrodeducción” desde los fenómenos manifiestos a las estructuras generativas (“lo real”). Se adquiere un conocimiento de cómo son las estructuras y qué pueden hacer. El trabajo aplicado es la “retroinducción” (Bhaskar, 1986: 108) desde los componentes separados a sus antecedentes de articulación en el tiempo” de las estructuras (Bhaskar, 1986: 108), es decir, de lo que realmente hacen (“lo actual”). En consecuencia, la actividad científica es un movimiento del pensamiento desde las concepciones de fenómenos manifiestos (lo “empírico”) hasta la descripción y explicación de los mecanismos generativos de sus relaciones esenciales. Sobre esta base, se revisa y explica el conocimiento de los fenómenos superficiales. Como señala Bhaskar (1986: 68), el conocimiento “no se exhibe en el rostro del mundo, expuesto a la mirada del observador ocasional. Más bien está, en su mayor parte, oculto e incrustado en las cosas, y tiene que ser desenterrado mediante los esfuerzos teóricos y prácticos más arduos”. Continuando con la metáfora de la profundidad, a medida que cavamos más hondo a través de los niveles sucesivos de la realidad, se expanden las fronteras del mundo empírico.

El realismo discrepa de la concepción empirista de la sociedad como una masa de acontecimientos separables y secuencias constituidas por individuos fragmentados, y concibe lo social desde el punto de vista de las relaciones. Las acciones combinadas de los individuos (o práctica social) se objetivan en las estructuras sociales: una realidad *sui generis*, el medio dentro del cual se produce la práctica social, que restringe y permite, y que es resultado de esa práctica. Estas estructuras son tan reales como sus contrapartes naturales, pero difieren por ser dependientes de los conceptos y las actividades. Mientras que las prácticas sociales son conceptualizadas en la experiencia, rara vez lo son sus conexiones recíprocas (Bhaskar, 1986: 159), ya que no son espontáneamente evidentes en el patrón observable de acontecimientos sociales y por lo general resultan oscurecidas por la experiencia sensorial ordinaria. Las estructuras sociales son entidades no empíricas reales —no porque podamos verlas o tocarlas, sino más bien porque tienen poderes causales— identificables sólo mediante el trabajo teórico y práctico de las ciencias sociales (Marsden, 1982: 245). En esta concepción de lo social desde el punto de vista de las relaciones, es el conjunto de estructuras sociales, sus tendencias y poderes lo que abarca la “sociedad” (Bhaskar, 1989a: 79): “La sociedad, como objeto de indagación, es necesariamente ‘teórica’, en el sentido de que, como un campo magnético, es necesariamente imperceptible, de tal modo que no puede ser identificada empíricamente en forma independiente de sus efectos. Sólo puede ser conocida, no se puede demostrar que existe” (Bhaskar, 1989a: 82).

En oposición a la dicotomía teoría-práctica del positivismo, el realismo reconoce que la gente común teoriza y, en este sentido, las categorías están internamente vinculadas con las relaciones sociales y son parte de ellas, en lugar de describirlas externamente. Por esta razón, las categorías son parte inseparable del objeto y, por consiguiente, algo que hay que explicar y no dar por sentado, y su crítica es un acceso epistémico a lo “real”, es decir, a las estructuras sociales. La concepción realista de la experiencia tiene entonces una dimensión ontológica —los mecanismos generativos entre las relaciones sociales y las categorías— y una dimensión epistemológica —la conceptualización de las relaciones sociales mediante una crítica de sus correspondientes categorías. En consecuencia, el vínculo interno entre las relaciones sociales y los conceptos es tanto epistémico como causal (Bhaskar, 1986).

El “modelo transformacional de la actividad social” de Bhaskar

(Bhaskar, 1986: 122-129; Giddens, 1976: 121) es un marco dentro del cual se pueden resolver muchos de los fastidiosos dualismos metodológicos de las ciencias sociales, como agencia/estructura, subjetivo/objetivo, idealismo/materialismo, de tal modo que se evita el voluntarismo o la cosificación (Reed, 1988). No obstante, el concepto *a priori* de ciencia del realismo no proporciona un plan maestro para la indagación empírica; son los especialistas en ciencias sociales quienes deben poner a trabajar el realismo, y lo hacen cada vez más. Los métodos realistas son particularmente evidentes en la geografía y en la sociología del espacio (Massey y Meegan, 1975; Gregory y Urry, 1985). También podríamos señalar el empleo de Whittington del realismo para reconciliar agencia y estructura en su enfoque de la elección estratégica, que propone para corregir el determinismo ambiental de los estudios tradicionales de la organización, como el de Donaldson (1987). El mejor exponente de una concepción relacional de lo social y un modelo transformacional de las actividades sociales sigue siendo la concepción de Marx de las relaciones sociales de producción, que formuló mediante una crítica de las categorías de la economía política. Hacer esta asociación no significa negar la posibilidad de una ciencia social realista no marxista, o afirmar que el marxismo es necesariamente una ciencia *válida*; lo importante es el modo de análisis. Baste señalar que el realismo está vigente en una notable reconstrucción del marxismo tradicional —*The Violence of Abstraction [La violencia de la abstracción]* de Sayer— de la cual podrían sacar provecho quienes se interesan en la organización de la producción.

Reiteramos que la importancia de la ontología del realismo reside en sus concepciones no ortodoxas de la realidad, la causalidad y la explicación, la naturaleza relacional de lo social y la internalidad de las relaciones sociales y sus conceptos. No rechaza necesariamente las técnicas cuantitativas, pero pregunta qué miden y cuestiona su valor explicativo (véase Clegg, 1988: 8; Donaldson, 1988: 29 y Sayer, 1984, en especial el capítulo 6). No es una panacea para todo problema en la teoría de la organización ni garantiza ningún análisis sustantivo particular, pero puede, creo, actuar como un trabajador subalterno “desbrozando un poco el terreno y removiendo parte de la basura en el camino hacia el conocimiento” (Locke, citado en Bhaskar 1989a: vii).

A la luz de este resumen del realismo, en la siguiente sección me gustaría examinar la defensa de Donaldson de la teoría positivista de la organización, y presentar una concepción realista de “organización”.

Donaldson: una crítica realista y una alternativa

Comencemos con la postura de Donaldson acerca de lo que él considera la piedra angular de la crítica de la teoría positivista de la organización: la inconmensurabilidad de los paradigmas (Donaldson, 1988: 31). Donaldson rechaza esto porque piensa que inevitablemente entraña la segregación intelectual y el relativismo (Donaldson, 1985: 37; 1988: 31).

Para comenzar, quiero aclarar algunas interpretaciones erróneas concernientes a los paradigmas y la inconmensurabilidad que se originan en el trabajo *Sociological Paradigms and Organizational Analysis [Paradigmas sociológicos y análisis organizacional]* de Burrell y Morgan (en lo sucesivo mencionado con la abreviatura SPOA), recurriendo a una entrevista reflexiva poco conocida con uno de los autores, Gareth Morgan (Mills, 1987-1988). Hay dos interrogantes: ¿conuerda el uso del “paradigma” que hacen Burrell y Morgan con el de Kuhn?, e ¿inconmensurabilidad significa que no se pueden evaluar racionalmente paradigmas rivales? La respuesta a ambas preguntas es negativa.

El propósito de SPOA es explorar los supuestos filosóficos y sociológicos que configuran el análisis organizacional. Cuando se escribió el libro, a mediados de los años setenta, rara vez se reflexionaba acerca de esos supuestos o se los cuestionaba o impugnaba (Mills, 1987-1988: 43). La reputación de Burrell y Morgan como “críticos” (Aldrich, 1988; Donaldson, 1985, 1988) contradice el carácter notablemente imparcial de SPOA. Cada uno de los cuatro paradigmas es presentado en forma crítica pero comprensiva:

cuando escribimos el libro, no estábamos comprometidos con un paradigma por encima de otro... De hecho, todo el libro se basa en la capacidad de situarse en distintos paradigmas, de ver desde estos paradigmas. Ésa fue la estrategia usada al escribir el libro: uno se coloca en el paradigma, explora, trata de presentarlo en sus términos, si bien surge aquí y allí una ligera punzada crítica [Morgan, citado en Mills, 1987-1988: 43].

Todo el propósito de este ejercicio era poner a discusión los supuestos implícitos de esos paradigmas en un momento en que se oponía a ello el predominio del funcionalismo en los estudios de la organización. En esto reside la naturaleza crítica del libro.

El término “paradigma” sin duda se deriva de Kuhn, pero Burrell y Morgan lo usan en forma más amplia, en dos sentidos (Burrell y Morgan, 1979: 36). En primer lugar, usan el término como instrumento

clasificador para estructurar su tesis de que “todas las teorías de la organización se basan en una filosofía de la ciencia y una teoría de la sociedad” (Burrell y Morgan, 1979: 1). “Lo que hicimos, no necesariamente en forma consciente en ese momento, fue tomar la metáfora de un mapa como forma de intentar exponer la teoría social y la teoría de la organización. Como saben, un mapa es un instrumento clasificador, y, para muchas personas, uno de los puntos fuertes más importantes de *Sociological Paradigms* es que es un mapa vial de los estudios sobre la teoría social y la organización” (Morgan, citado en Mills, 1987-1988: 44). En segundo lugar, los “paradigmas” de Burrell y Morgan son tipos ideales de supuestos metateóricos opuestos, y no, como para Kuhn, explicaciones sustantivas opuestas reales. Por estas dos razones, creo, Morgan dice: “considerándolo en forma retrospectiva, probablemente no debimos haber escogido ese término (paradigma) en absoluto. Debimos haber hablado acerca de cosmovisiones sociológicas y el análisis organizacional, o supuestos de la realidad y el análisis organizacional” (Morgan, citado en Mills, 1987-1988: 43).

El llamado de Burrell y Morgan a “terminar con los paradigmas” y el “aislacionismo” (Burrell y Morgan, 1979: 397) —usado por Donaldson para condenar la crítica del positivismo— debe entenderse en su contexto histórico. Está lejos de ser un axioma filosófico y una incitación al relativismo. Su recomendación es, de hecho, una estrategia para lograr la pluralidad y la diversidad en el análisis organizacional, una salvaguarda contra “las ortodoxias predominantes que hacen zozobrar heterodoxias promisorias y atrofian el desarrollo teórico innovador” (Reed, 1985: 184). Sus declaraciones acerca del “aislacionismo” siempre están delimitadas por la referencia al predominio del funcionalismo.

La posición de Donaldson acerca de la inconmensurabilidad de los paradigmas está equivocada en dos aspectos. No sólo confunde la estrategia de Burrell y Morgan para la pluralidad y la diversidad en el análisis organizacional con un principio de relativismo, sino que también interpreta erróneamente a Kuhn al confundir y fusionar “incompatibilidad”, “inconmensurabilidad” e “incomparabilidad”. Bernstein aclara las distinciones:

Kuhn no introdujo la tesis de la inconmensurabilidad con el propósito de cuestionar la posibilidad de *comparar* teorías y evaluarlas racionalmente, sino para esclarecer qué estamos *haciendo* cuando comparamos teorías... para Kuhn las teorías de paradigmas rivales son lógicamente *incompatibles* (y, por lo tanto, realmente se contraponen), *inconmensu-*

rables (y, en consecuencia, no siempre pueden ser medidas comparándolas punto por punto) y *comparables* (pueden ser comparadas entre sí en múltiples formas sin que se requiera el supuesto de que existe o debe siempre existir una cuadrícula fija común mediante la cual medimos el progreso) (Bernstein, 1983: 86).

No obstante, Donaldson, convencido de que los grupos de paradigmas rivales no pueden “comprenderse y comunicarse” unos con otros (Donaldson, 1985: 38), y habiendo demostrado a su propia satisfacción que no sucede así en la teoría de la organización (Donaldson, 1985: 40-46), regaña a Aldrich por su temeridad al persistir en la creencia de que “la teoría de la organización está constituida por distintos paradigmas” (Donaldson, 1988: 31). Por el contrario, para Donaldson “paradigmas diversos no son conceptos, teorías, metateorías o epistemologías inconmensurables”, sino “referencias a una serie de variables dependientes y a diversas variables independientes que luchan entre sí” (Donaldson, 1988: 31). Pasando totalmente por alto el argumento de Burrell y Morgan acerca de la mutilación e incorporación de paradigmas rivales por las técnicas positivistas del funcionalismo (Burrell y Morgan, 1979: 398-399), Donaldson inadvertidamente lo demuestra.

Hay ciertamente una forma de escoger entre las teorías, aun las inconmensurables: “podemos admitir muy sencillamente que una teoría T_A es preferible a una teoría T_B , aun cuando sean inconmensurables, siempre que T_A pueda explicar *bajo sus descripciones* casi todos los fenómenos que T_B puede explicar bajo sus descripciones, *más* algunos fenómenos significativos que T_B no puede explicar” (Bhaskar, 1989: 19). Esto es lo que Donaldson propone para la teoría funcionalista de la organización: ampliar la teoría de la organización asimilando a sus rivales de tal modo que se incorporen sus críticas. “Los intentos de ampliar los marcos tradicionales deben ser aplaudidos; los intentos de erradicar los conceptos y objetos de estudio tradicionales deben ser rechazados” (Donaldson, 1985: 122). Es importante señalar que Donaldson no logra esta ampliación de los marcos tradicionales, simplemente dice que es posible hacerlo. Un escéptico reservaría su opinión hasta que el hecho se lograra. Dada esta promesa de una ampliación de la teoría de la organización, es interesante destacar que los mecanismos de defensa de Donaldson entrañan la *restricción* de esa teoría.

El primer mecanismo de defensa que quiero examinar es la vigilante distinción de Donaldson entre organización y sociedad. Esta relación social se expresa en la metáfora física de los niveles de análisis

interno/externo y micro/macro. La organización, relativamente un microfenómeno (Donaldson, 1985: 123), es un subsistema de la sociedad; la teoría de la organización es una subdisciplina de la sociología (Donaldson, 1985: 117-118). La teoría de la organización se refiere a esas partes de la estructura social situadas dentro de la organización (Donaldson, 1985: 119, 102-103); la sociología se ocupa de la sociedad más amplia. Por medio de esta distinción, la teoría de la organización está protegida de las críticas de aquellos que argumentan en favor de una sociología de la organización: un nivel equivocado, un objeto diferente de estudio. De este modo, la posibilidad de una teoría marxista de las organizaciones, por ejemplo, se descarta como una contradicción en los términos: “El marxismo es una teoría de la sociedad; por consiguiente, no puede ser una teoría de las organizaciones” (Donaldson, 1985: 127). Sin embargo, esta distinción plantea el problema de las relaciones entre organización y sociedad, que para Child (1988a: 13) es la laguna en la obra de Donaldson, y el interesante interrogante de cómo puede existir la sociedad en algo que no sea una forma de organización.

Una segunda defensa es el alcance de la teoría de la organización. Su foco es el comportamiento orientado a una meta, coordinado hacia un objetivo (Donaldson, 1985: 7-9, 120-121). La teoría de la organización, según Donaldson, no intenta explicar todo lo que sucede dentro de la “envoltura jurídica” de las organizaciones (Donaldson, 1985: 8). Para ser precisos, la teoría de la organización estudia un estrecho subconjunto de un subsistema de la sociedad. Donaldson afirma entonces que “la estratagema de delinear fenómenos que no puede manejar la teoría de la organización y luego usar esto para ‘demostrar’ la ‘inadecuación’ del ‘enfoque’ es muy común y poco válido” (Donaldson, 1985: 120). No obstante, se puede revertir este argumento. Una defensa frecuente de la ciencia normal es restringir el alcance de la teoría a aquellos fenómenos que puede explicar (Kuhn, 1970: 100). Para Donaldson, aquello que la teoría de la organización no puede explicar no es asunto de la teoría de la organización; no tiene organización (es decir, la sociedad, el nivel equivocado) o está dentro de la organización pero más allá de su subconjunto. Mientras que admite la posibilidad de expandir la teoría de la organización, según establece la definición, busca deslegitimar la expansión del poder explicativo de sus críticos.

El último mecanismo de defensa contra los críticos es la explicación teleológica de la teoría positivista de la organización que hacen Donaldson (1985 y 1988) y Hinings (1988). Se presenta la teoría de la

organización como una disciplina nueva que lucha por definirse y legitimarse alejada de sus orígenes en la sociología de Weber. Se considera que los críticos intentan “reclamar” la teoría de la organización para la sociología (Hinings, 1988: 2) imponiéndole criterios sacados de la teoría sociológica clásica (Donaldson, 1985: 8). Para Donaldson, la sociología es problemática en dos aspectos importantes: se ocupa del nivel equivocado (la “sociedad más amplia”) y es anticuada (la sociología siempre es “clásica”, nunca contemporánea). La imagen es la de un niño (la teoría de la organización) luchando por lograr la independencia de padres muy posesivos (la sociología). Esta descripción hábilmente revierte la impresión popular: los críticos se vuelven los conservadores custodios de una ortodoxia antigua, y la defensa de Donaldson de lo que se ha practicado en las escuelas de comercio norteamericanas durante la mayoría de los últimos cincuenta años se convierte en la “brillante” partera de una disciplina (Hinings, 1988: 3). En realidad, la segregación institucional de la teoría de la organización con respecto a la sociología (la organización de la sociedad) es un hecho consumado en América del Norte, y las cuestiones planteadas por la crítica han sido en gran medida ignoradas (Hinings, 1988: 5).

Quiero vincular la institucionalización de la teoría de la organización con las metáforas de una batalla —“guerreros de los paradigmas”, “dominio del campo”, “derrota”— usadas por los participantes en el debate sobre la defensa de Donaldson (Aldrich, 1988; *Australian Journal of Management*, 1989; Donaldson, 1988). Las observaciones de Kuhn acerca de la socialización profesional en la ciencia normal ofrecen una perspectiva, la *realpolitik* de la academia que resulta oportuna aquí. El cambio paradigmático no es un asunto puramente cerebral, sino que depende de los resultados de los conflictos políticos entre los custodios y los oponentes de un paradigma. La resistencia al cambio es la norma; generalmente se producen avances cuando se rompe la hegemonía de la “corporación invisible”. La simple verdad, si bien no expresada, es que las universidades son organizaciones de poder —como sabe muy bien todo graduado y profesor que no ha logrado la titularidad—, y el positivismo ha funcionado como un método hegemónico en ellas. Este concepto dominante de ciencia —la deferencia a él es un rito de pasaje en América del Norte— ha establecido el control sobre la producción del conocimiento. Especifica lo que es conocible, la ontología, y cómo va a ser conocido —la epistemología—, conceptos que han configurado el alcance y el contenido de los estudios de la organización y la naturaleza de las reglas (de la práctica de la investigación,

los criterios para el éxito) que gobiernan la profesión académica. A causa de esto Donaldson puede defender la teoría de la organización en nombre de la ciencia. Los comentarios de Hinings (1988) y Aldrich (1988) son observaciones sobre esta realidad política. En virtud de su poder institucional, la teoría positivista de la organización ignora la mayoría de las críticas: no pueden invalidarla o desarmarla. El recuento de citas de Aldrich (Aldrich, 1988) que él usa para cuestionar los efectos de las críticas sobre las “formas establecidas de pensar acerca de las organizaciones” (Aldrich, 1988: 20) no es una evaluación de la validez de una crítica, equivale a una medida de la insularidad.

La defensa de Donaldson pasa por alto el punto fundamental de los “intentos de erradicar conceptos y objetos de estudio tradicionales” (Donaldson, 1985: 122), aunque está implícito en su formulación del problema de la inconmensurabilidad:

decir de dos teorías que se oponen, chocan o compiten entre sí, presupone que hay algo —un dominio del objeto real o las relaciones que existen y actúan en forma independiente de sus descripciones (contradictorias)— sobre lo cual chocan. En consecuencia, las teorías inconmensurables deben compartir una parte del mundo. Si no lo hacen, entonces no tiene sentido el concepto de cambio científico ni, *a fortiori*, la idea de un choque entre las teorías, ya que ahora ya no son opciones [Bhaskar, 1989a: 19].

Por consiguiente, el problema de la inconmensurabilidad apunta a la existencia de una dimensión ontológica, al objeto real o las relaciones sobre las cuales chocan las teorías, en este caso, la “organización”. Por esta razón, todo el debate entre la teoría positivista de la organización y sus críticos depende de la situación ontológica de la “organización” y su relación con la “sociedad” (Clegg y Dunkerley, 1980; Burrell y Morgan, 1979). *Esto* es lo que querían decir los críticos de la teoría positivista de la organización, pero, porque su crítica se limitaba a la epistemología, no desarrollaron la opción realista de la ontología empirista del positivismo, que les hubiera permitido sostener una concepción alternativa de “organización”. La evaluación de Bhaskar en el sentido de que no puede haber un regreso desde la crítica de la epistemología positivista, pero que sin una adecuada ontología social tampoco puede haber un avance, es particularmente oportuna en el caso de la teoría de la organización (Bhaskar, 1989a: 11).

Me gustaría proseguir con esto utilizando la anterior discusión del realismo para esbozar una explicación del desarrollo conceptual de la

teoría positivista de la organización muy diferente de la de Donaldson y, en el proceso, explicar sus errores conceptuales —organización/sociedad, interno/externo y estructura formal/informal—, vigentes en la defensa de Donaldson. Tradicionalmente se establecen los orígenes de la teoría de la organización en Weber, pero quiero argumentar que el imperativo teórico de una teoría de la organización provino de la economía neoclásica o marginalista, no de la sociología, y que la teoría de la organización se ha desarrollado dentro de la implícita ontología social de la economía y ha sido restringida por ésta.

Economía, poder y propiedad privada

La ontología de la economía es empirista (Marsden, 1982). Concibe lo social como una serie de regularidades empíricas entre una masa de individuos, acontecimientos y cosas atomizados. Ciega a las conexiones no empíricas, la economía abstrae a los individuos de su contexto social para formar el *homo economicus*, y abstrae las cosas materiales de las relaciones sociales que las produjeron para formar la “economía”. Desarrolla entonces un modelo *a priori* de la acción económica racional entre esas abstracciones. Esta doble abstracción expulsa del análisis económico al “poder” y las “relaciones sociales”, la naturaleza de la relación de empleo y la organización del trabajo. Estos problemas son delegados por la economía a disciplinas complementarias pero subordinadas —como los estudios de la organización— que se desarrollaron dentro del espacio teórico de la implícita ontología social de los economistas. Weber dirimió la relación entre la economía y la teoría de la organización aclarando la implícita teoría social del marginalismo y teorizando las condiciones institucionales requeridas por el mercado (Clarke, 1982). Sigue siendo el principal analista del telón de fondo de la teoría de la organización: la distinción economía/sociedad.

La relación entre esta laguna dentro de la economía y la necesidad de una teoría de la organización es evidente si no nos basamos en Barnard, como se acostumbra, sino en la obra ahora clásica de Coase, *The Nature of the Firm [La naturaleza de la empresa]*, publicada en 1937, un año antes que la de aquél. El problema para la teoría económica es que supone que la orientación de los recursos dentro de la empresa depende directamente del mecanismo de los precios, pero, evidentemente, dentro de la empresa los recursos son orientados por el poder de mando de un grupo de personas sobre otro. Lo que hay que

explicar es la existencia de “islas de poder consciente en este océano de cooperación inconsciente [el mecanismo de los precios], como grupos de mantequilla coagulándose en una cubeta con suero de leche” (Robertson, citado en Coase, 1937:388). El problema en la teoría económica es: si el mecanismo de los precios coordina la distribución de los recursos, “¿por qué es necesaria esa organización?” (Coase, 1937:388). El imperativo teórico para el desarrollo de una teoría de la organización fue proporcionado por la necesidad de llenar esa laguna en el análisis económico, es decir, el problema de teorizar el “poder” y la “organización”.

Este imperativo teórico se combinó con la influencia de los teórico-prácticos, como Barnard (1938), para definir el objeto del conocimiento en los estudios de la organización como el control y la coordinación dentro de la corporación. Las definiciones amplias de las organizaciones en términos de familias que preparan días de campo no debe desviar la atención del hecho de que la teoría de la organización está vigente en las empresas, y la forma predominante en que se organizan éstas es la corporación (Donaldson, 1985: 8). Por eso está institucionalizada en las escuelas de comercio, las empresas invierten millones de dólares en esas escuelas y la teoría de la organización se ha difundido en los posgrados en administración de negocios. La corporación es notable como el único tipo de organización social que adopta la forma de propiedad privada (Ellerman, 1983: 271). Los errores conceptuales de la teoría de la organización se originan en una concepción equivocada de esta forma peculiar de organización social. Así como la economía hace abstracción de las relaciones sociales de producción para formar “la empresa”, la teoría de la organización hace abstracción de esas relaciones para formar algo análogo, “la organización”, que es precisamente una “envoltura jurídica” (Donaldson, 1985: 8, 120). Al abstraer la “organización” de la “sociedad” de esta manera, las conexiones de la corporación con las relaciones sociales que constituyen esta forma de propiedad privada se cortan desde el punto de vista conceptual y resultan efectivamente desjuridificadas. La naturaleza exclusiva de propiedad privada se refleja en la exclusión conceptual de la sociedad de la organización. Ésta es la base para la metáfora de lo interno/externo comúnmente aplicada a la relación organización/sociedad: una metáfora *física* que sugiere muros y vallas muy inadecuados para las realidades sociales, pero aptos para deslindar la propiedad. La relación social entre quienes tienen propiedades y quienes no las tienen trasciende su forma de organización corporativa. Sólo las dicotomías de las

categorías de la teoría de la organización impiden el reconocimiento de las conexiones causales entre el comportamiento de las personas dentro de las organizaciones y esta relación social más amplia que estructura sus interacciones.

La situación ontológica de este objeto —“organización”— está definida por la intersección de un concepto empirista de causalidad, por el cual se considera que causa y efecto son acontecimientos empíricos espacial y temporalmente distintos, y por una ontología empirista que delimita los posibles objetos de conocimiento a lo observable. Esta ontología es la base de la muy criticada posición epistemológica positivista de que la explicación se deduce de leyes explicativas que documentan las regularidades empíricas, y una dicotomía teoría/práctica en la cual se considera la teoría como descriptiva de una realidad externa, más que como parte de ésta. Las organizaciones son entonces interpretadas como cosas empíricas constituidas por regularidades del comportamiento dentro de un espacio y tiempo particulares —acciones habituales visibles, identificadas y conocidas al “ver” qué tipo de personas hacen qué tipo de cosas con regularidad” (Manicas, 1980: 71)— que son medidas con técnicas positivistas, objetivadas como “estructuras” e interpretadas como el foco de interés de la teoría de la organización (Donaldson, 1985: 8; véanse también Pugh *et al.*, 1963, y Whitley, 1977). De este modo, las organizaciones están restringidas a lo que es observable y a lo que es medible: el “poder” y las “relaciones sociales” repetidamente se escabullen a través de la red conceptual vinculada a este marco filosófico.

La abstracción de las corporaciones de las relaciones de exclusión que constituyen esta forma de propiedad privada retiene dentro de esta envoltura jurídica la estructura de derechos de propiedad que garantiza la autoridad gerencial y que otorga a la administración el derecho de dirigir la producción y apropiarse del producto. El derecho último de la administración es el derecho de excluir, que se hace cumplir mediante la ley de transgresiones (Vincent-Jones, 1987). Esta estructura de derechos es teorizada en la economía como racionalidad capitalista, encarnada en las prácticas contables y propagada en una ideología que considera que la administración asigna los recursos sobre la base de una interpretación imparcial de las señales del mercado. Esta estructura abstraída es la organización “formal”: es lo que se supone que debe suceder, porque la teoría económica nos dice que así será y la ideología de la administración nos dice que debe ser así. La otra parte de los derechos de propiedad y la autoridad administrativa, el control indirecto

o negativo de los trabajadores —básicamente su facultad de decir “¡no!”— es decir, un comportamiento incompatible con esta estructura de derechos y el modelo económico, es lo que en realidad sucede y se cataloga como “informal” (Clegg y Dunkerley, 1980: 226).

La principal queja contra la ontología implícita de la teoría positivista de la organización es que inhibe la comprensión del poder. La teoría de la organización combina lo empírico con el patrón no empírico de acontecimientos con leyes causales que ejercen el poder con su capacidad. La capacidad de poder está más allá de la jurisdicción de la teoría de la organización: depende de los recursos en la sociedad, es aceptada como algo dado y se sitúa *fuera* de las organizaciones. Por consiguiente, el propósito de la teoría de la organización no es una “explicación sociológica del poder, sino una explicación de la distribución del poder y cómo funciona éste *dentro* de las organizaciones” (Hinings, 1988: 4; cursivas mías). La comprensión del poder es inhibida por el divorcio entre ejercer el poder y su capacidad (Clegg, 1977), un divorcio institucionalizado en la distinción —reiterada por Donaldson y apoyada por Hinings— entre teoría de la organización y sociología, lo “organizacional” y lo “societal”. Una concepción equivocada del poder no es una sutileza filosófica, tiene repercusiones en la enseñanza del análisis y las habilidades políticas organizacionales, que son, después de todo, la esencia de la administración (Baddeley y James, 1987). Este punto podría ser considerado por los positivistas cuando evalúan las críticas frecuentes de que la educación para la administración es una preparación deficiente para el mundo real.

Realismo, poder y “organización”

Sin duda, el divorcio entre organización y sociedad fue lo que estimuló a los sociólogos de las organizaciones a intentar restablecer las conexiones entre ellas reformulando el poder organizacional en términos de “control” (Clegg y Dunkerley, 1980; Salaman y Thompson, 1980). No obstante, mucho depende aquí de la situación ontológica de la “organización” y la “sociedad” y de la naturaleza del control. El control es la actualización del poder. El concepto de poder operado por el enfoque de control de las organizaciones es la versión radical elaborada por Lukes (1974: 34): “A ejerce poder sobre B cuando A actúa sobre B en forma contraria a los intereses de B”. La innovación de Lukes de los intereses reales u objetivos amplió el ámbito de la investigación más allá del uso

real o anunciado de sanciones observables, al conflicto latente, no observable, y a la configuración de percepciones y preferencias opuestas a los intereses reales de las personas. En consecuencia, la percepción del poder era un problema epistemológico: los intereses reales podían ser ocultados por una falsa conciencia y un análisis ideológico, como la teoría de la organización (Clegg y Dunkerley, 1980: 58). El análisis marxista situó los orígenes o la capacidad de poder fuera de la organización, en el punto de contacto de las clases y en los instrumentos del Estado. A partir de su análisis económico de los intereses reales contradictorios de la administración y los trabajadores, dedujo un imperativo de control ejercido dentro de la organización, en el punto de la producción. Entonces, el mandato de estudiar las organizaciones en el contexto de la sociedad más amplia expresaba el concepto radical de poder, que surgió de la crítica de la epistemología.

El concepto radical de poder estimuló una crítica muy amplia, que radicalizó un conjunto de disciplinas y causó su convergencia alrededor del órgano de control, un enfoque aplicado a una amplia gama de cuestiones importantes, desde la rendición de cuentas, las relaciones industriales, el comportamiento anómalo y el proceso de trabajo en las organizaciones. Toda evaluación de los méritos relativos de la teoría positivista de la organización comparada con la sociología de las organizaciones debe reconocer las limitaciones del “control” —ahora evidentes en la incipiente desconstrucción del análisis del proceso de trabajo (Burawoy, 1985; Storey, 1985; Cohen, 1987; Cohen, 1989; Knights y Willmott, 1990) y el creciente interés en Foucault y el posmodernismo (Cooper y Burrell, 1988; Burrell, 1988; Clegg, 1989a, 1989b, 1990)— y sus orígenes en “la falta de una buena teoría general del poder” (Bray y Littler, 1988: 565).

Para el realismo, las limitaciones del concepto radical del poder son explicables en términos de su subyacente ontología social empirista que, a pesar de sus otras diferencias, comparte con los conceptos pluralistas y elitistas del poder (Isaac, 1987). Todos concuerdan en que el poder se basa en las conjunciones regulares entre los acontecimientos temporal y espacialmente distintos, *A* y *B*. En otras palabras, su foco común son las relaciones *laterales* entre comportamientos sociales: se dice que el más poderoso causa el comportamiento del menos poderoso porque su comportamiento regularmente lo precede (Isaac, 1987: 85). La esencia del mandato de la sociología de las organizaciones es sencillamente examinar las conexiones laterales entre la sociedad y las organizaciones (una relación expresada en la yuxtaposición de “políti-

ca” y “economía”). En síntesis, como la teoría positivista de la organización, no reconoce la profundidad ontológica de la experiencia.

Para el realismo, el poder es un concepto que se refiere a las propiedades necesarias o a los mecanismos causales no observables de los objetos, más que a sus efectos contingentes. Por ejemplo, “afirmar que el cobre tiene el poder de la conductividad es aseverar que el cobre posee la capacidad permanente de conducir electricidad en virtud de su naturaleza intrínseca, en este caso su estructura atómica” (Isaac, 1987: 74). Los poderes *sociales* son “las capacidades de actuar que poseen los agentes sociales en virtud de las relaciones permanentes en las que participan” (Isaac, 1987: 80). Por consiguiente, el poder debe ser entendido, desde el punto de vista de las relaciones, en términos de las relaciones subyacentes reales que estructuran la interacción de los comportamientos. La relación es lo que otorga a ambas partes una capacidad o poder de actuar y causa el comportamiento tanto de *A* como de *B*, en lugar de que el comportamiento de uno cause el del otro. Conforme a la ontología estratificada del realismo, un poder puede ser real sin ser ejercido, y puede ser ejercido sin producir un efecto empírico, por ejemplo, a causa de la presencia de poderes contrarrestantes. Por supuesto, el ejercicio real del poder depende de la habilidad política y está subordinado a las circunstancias de su despliegue. Por lo tanto, contrariamente al empirismo, que se concentra en el comportamiento, el realismo concibe al poder como una relación *vertical* entre las estructuras sociales y la acción social, cuya profundidad se expresa en su categoría de “experiencia”. El punto esencial es que, para el realismo, las capacidades de actuar —los “poderes”— son una propiedad de la naturaleza de las relaciones sociales entre las personas, y estas relaciones se conciben como estructuras no empíricas análogas a las estructuras atómicas responsables de la conductividad (Isaac, 1987: 75). Sobre esta base, teorizar el “poder” es cuestión de conceptualizar los mecanismos causales de las estructuras sociales o, en la terminología realista formal, constituir objetos en el pensamiento. Podría agregar que fue precisamente este problema el que abordaron Clegg y Dunkerley, si bien lo identificaron con el término althusseriano “objeto teórico” (Clegg y Dunkerley, 1980: 1, 262, 502; Clegg, 1988: 9).

Si bien el realismo puede concordar con la teoría positivista de la organización en que las “organizaciones” son patrones observables de comportamiento, distintos en el tiempo y el espacio, su interés primario no son las correlaciones temporalmente ordenadas entre esos comportamientos, sino los mecanismos causales de las estructuras sociales que

generan estos fenómenos. Estas estructuras abarcan personas que están conectadas en forma causal pero no necesariamente copresentes desde el punto de vista físico; en consecuencia, trascienden los parámetros tradicionales de la teoría de la organización. Este complejo ensamblaje de estructuras es lo que abarca a la sociedad (Bhaskar, 1989a: 76 y 78). Concebida de este modo, la relación entre la organización y la sociedad es la que existe entre lo empírico y lo no empírico, la actividad conceptualmente mediada y la estructura, lo subjetivo y lo objetivo. Está mal descrita por la metáfora física de lo interno/externo, ya que esto refleja un concepto de causalidad como conjunción constante en una ontología empirista plana u horizontal. La metáfora apropiada es la profundidad. La organización y la sociedad no son entidades externas conectadas en forma contingente sino objetos relacionados internamente: aspectos indivisibles de la misma realidad social. Contrariamente a lo que dice Donaldson, la sociedad de ninguna manera es externa a la organización.

Foucault: una lectura realista

En 1981 se publicó el último trabajo crítico examinado por Donaldson (1985). Los críticos de la teoría positivista de la organización, a quienes Donaldson afirma haber “derrotado” (Donaldson, 1988: 28; Child, 1988b), desde hace mucho han expuesto sus ideas en una labor que se puede interpretar como autocrítica. El primero de una serie de artículos de Cooper y Burrell (1988) que consideró las implicaciones de la teoría posmodernista del análisis organizacional apareció en el mismo número que el simposio “Offence and Defence”. Le siguieron poco después artículos de Burrell y Clegg sobre Michel Foucault (Burrell, 1988; Clegg, 1989a; véanse también Burrell, 1984; Clegg, 1989b, 1990). Con la intención de basarme en estos artículos quiero investigar más a fondo la posible contribución de Foucault al análisis organizacional a la luz de mi interpretación del realismo.

No tiene caso repetir la introducción de Burrell (1988), pero un breve resumen de Foucault ayuda a concentrar la atención en mi argumento. El texto en cuestión es *Discipline and Punish: The Birth of the Prison* [*Disciplinar y castigar: El nacimiento de la prisión*] de Foucault, una explicación de cómo la privatización de la propiedad desencadenó la privatización del poder (Foucault, 1977: 85-87). Esta obra es menos una historia de la prisión que un análisis del poder y su forma moderna, las

“disciplinas”. Las disciplinas son métodos meticulosos de controlar el funcionamiento del cuerpo, que actúan explorando, desglosando y volviendo a acomodar ese funcionamiento (Foucault, 1977: 137-138). Los instrumentos de disciplina —la observación jerárquica, el juicio normalizador, el examen— determinan normas o reglas de conducta y moldean (o “normalizan”) a las personas para que se ajusten a ellas. La tesis de Foucault es que las disciplinas se originaron en los monasterios, se difundieron durante los siglos XVIII y XIX y están presentes hoy en la constitución de una serie de formas interconectadas de organización —las prisiones, los asilos, los hospitales, los ejércitos, las corporaciones— donde se desarrollan y perfeccionan sus técnicas. La privatización del poder está ilustrada gráficamente en las páginas iniciales del libro mediante la descripción de los horrendos detalles de esa forma muy pública y violenta de castigo —ahorcamiento, destripamiento y descuartizamiento— y el castigo privado y silencioso del régimen sujeto a horarios de la prisión, ochenta años más tarde. Esta ilustración es una metáfora, la prisión es un laboratorio del poder y un microcosmos de una sociedad disciplinaria. El examen de cerca de la maquinaria de encarcelamiento puede revelar la lógica y los principios operativos de los mecanismos disciplinarios dispersos en toda la sociedad.

Al yuxtaponer el realismo con este género foucaultiano posmoderno en el análisis organizacional se plantea la cuestión de sus relaciones y compatibilidad. ¿Se puede reconciliar mi defensa realista de los críticos de la teoría positivista de la organización contraatacados por Donaldson, con el reciente interés de esos críticos en Foucault y el posmodernismo? Que yo sepa, nunca ha sido examinada sistemáticamente la relación entre el realismo y Foucault. La típica interpretación posmodernista de Foucault, como un idealista relativista hostil a la metanarrativa, y la estrecha asociación entre el realismo y el materialismo de su mejor exponente —Marx— ha dejado una difundida impresión de que el realismo y Foucault son incompatibles y ha desalentado el fecundo intercambio de ideas entre ellos.

¿Es entonces posible una lectura realista de Foucault? Creo que sí. Foucault es un investigador histórico, empírico, de la naturaleza del poder. Niega ser un teórico del poder (Kritzman, 1988: 39); de hecho, parece contrario a teorizar y se declara un empírico (Kritzman 1988: 106). Sin embargo, profundamente incrustado en sus detallados análisis de situaciones y acontecimientos históricos concretos, hay un rico y complejo modelo de los mecanismos de poder, que tiene una aplicabilidad directa en el análisis organizacional (Burrell, 1988; Clegg, 1989a,

1989b). No obstante, como Foucault otorga prioridad al detalle empírico antes que a la precisión conceptual, existe muy poca coherencia y desarrollo conceptuales en cada texto, lo mismo que de un texto a otro. Como resultado, este modelo implícito de poder es “exploratorio más que coherente y bien terminado” (Cousins y Hussain, 1984: 226). Su obra empírica se puede describir en forma similar. En las propias palabras de Foucault, algo duras, es indescifrable, desorganizada, no concluyente, repetitiva y desconectada, un revoltijo que no avanza: “no lleva a ninguna parte” (Foucault, 1980: 78). Son “sólo fragmentos y depende de usted o de mí ver qué se puede hacer con ellos” (Foucault, 1980: 79).

La incoherencia conceptual y empírica de la obra de Foucault la expone a una serie de interpretaciones (Burrell, 1988: 222), cada una de las cuales distingue, o impone, cierta unidad. Hay dos amplios tipos de reacciones a la obra de Foucault. En mi opinión, ambos son impedimentos para comprender la importancia de Foucault para el análisis organizacional. Los historiógrafos critican a Foucault por no satisfacer los requisitos de la evidencia empírica. Alegan que su evidencia es insuficiente y contradictoria, que es descuidado en cuanto a las fechas y los lugares y que sus temas ni siquiera “son analizados en un orden temporal” (Giddens, 1987: 213). Los posmodernistas dan la bienvenida a la obra de Foucault como una celebración de la heterogeneidad y la diferencia, la fragmentación y la indeterminación, y como una alternativa del discurso totalizante o la metanarrativa de la ciencia (Cooper y Burrell, 1988; Burrell, 1988). En términos generales, el primer grupo rechaza la obra de Foucault por no satisfacer los criterios modernistas, y el segundo la acoge de buen grado por esa misma razón.

Para corregir estas interpretaciones quiero presentar una lectura alternativa de Foucault basada en el realismo crítico, y argumentar que Foucault busca “establecer los fundamentos ontológicos de las instituciones modernas” (Clegg, 1989b: 153). Esta interpretación se basa en varios puntos de semejanza entre Foucault y el realismo que sugieren presunciones razonables de su compatibilidad y que se pueden exponer de la siguiente manera:

- 1) Comparten la metáfora y la terminología de la profundidad.
- 2) Cada uno se ocupa, en formas diferentes, de lo que Bhaskar llama “la constitución del objeto”.
- 3) Ambos son críticos y proporcionan alternativas compatibles para el positivismo y el empirismo.

4) Comparten un concepto no empirista de la causalidad y un enfoque similar del tiempo y el espacio.

5) Proporcionan alternativas compatibles para la dicotomía positivista entre práctica y teoría o poder y conocimiento.

6) Proporcionan críticas compatibles de los enfoques tradicionales del “poder” y alternativas de esos enfoques.

7) Ambos son críticos del marxismo “tradicional”.

Foucault sostiene que su obra debe ser entendida no como una solución sino como diversas formas de formular un problema: explicar la relación entre la experiencia, el poder y el conocimiento (Kritzman, 1988: 71):

Por mi parte —explica Foucault— se me ocurrió que podría haberme parecido un poco a una ballena que salta hasta la superficie del agua y la altera momentáneamente con un chorrito de espuma y deja que se crea, o pretende crear, o quiere crear, o en realidad cree, que allá abajo en las profundidades, donde nadie la ve, donde ya no es observada ni controlada por nadie, sigue una trayectoria coherente y razonada, más profunda [Foucault, 1980: 79].

Esta metáfora de la ballena recuerda la metáfora de la profundidad ontológica del realismo. Foucault es sin duda un hábil analista de los acontecimientos superficiales, pero su obra no excluye otros análisis, como el realismo. La idea que quiero desarrollar es que el conjunto de problemas que intenta formular Foucault se puede entender mejor si investigamos el lado oculto ontológico de sus estudios empíricos de esos acontecimientos. “Allá abajo en la profundidades”, Foucault realmente sigue una “trayectoria coherente y razonada” —de la cual se revela un chispazo en sus entrevistas— que el realismo puede contribuir a explicar y desarrollar.

Problematización

Como sucede con el realismo, el propósito de Foucault es desmitificar la categoría de lo “real” mostrando cómo están constituidos los objetos de conocimiento. Foucault se refiere a esto como “problematización”, una idea común en toda su obra desde *Madness and Civilization [Locura y civilización]* (Kritzman, 1988: 257). Parafraseando a Foucault, la problematización no es la representación de un objeto preexis-

tente ni la creación por el discurso de un objeto que no existe, sino una preocupación por cómo están constituidos práctica y conceptualmente los objetos (Kritzman, 1988: 257). Sin embargo, al considerar la compatibilidad de Foucault y el realismo, mucho depende de la naturaleza de los “objetos”. Por consiguiente, quiero deducir algo de su naturaleza a partir de los comentarios de Foucault sobre la sexualidad, la locura y la criminalidad.

Para Foucault (1981: 127), un objeto “es el conjunto de efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales” por el despliegue de una serie de operaciones prácticas y conceptuales, en una palabra, las “disciplinas”. Por ejemplo, “la convergencia de reclusión y medicina” (Cousins y Hussain, 1984: 139), organizada en la forma del asilo. Un objeto es una red de relaciones sociales organizadas o sintetizadas en una forma empírica por esta compleja tecnología disciplinaria. Los “objetos” son sencillamente formas reguladas de relaciones sociales, formas de sujeción políticamente organizada (Abrams, 1988) y, como tales, también formas de la experiencia, como la locura, la enfermedad, la sexualidad y la criminalidad. Son constructos históricos reales —como los objetos del realismo, dependientes de conceptos y actividades— que Foucault llama el “*a priori* histórico” (Foucault, 1980: 236).

Estos objetos tienen un exterior o una superficie (comportamiento, acontecimientos observables) y —sugiero— un interior o una estructura, a la que Foucault se refiere como el sistema móvil de relaciones y síntesis entre los elementos constitutivos de un objeto (Foucault, 1980: 236). La superficie corresponde a la práctica, y el interior corresponde al producto de la práctica: su estructura de interconexiones. Esta última es en gran medida un ámbito oculto, ya que, mientras las prácticas sociales son conceptualizadas, rara vez lo son sus interconexiones. Como señala Foucault, “las personas saben qué hacen; con frecuencia saben por qué hacen lo que hacen, pero lo que no saben es qué hace lo que ellos hacen” (Foucault, citado en Krips, 1990: 173).

Foucault define la existencia de estos objetos mediante detalladas descripciones empíricas de las prácticas que los constituyen (Foucault, 1971, 1976, 1977), examinando concretamente y en detalle la forma en que se ejerce el poder, su “gran red superficial” (Foucault, 1981: 105). En la mayor parte de su obra se ocupa del “cómo” de la práctica, y sólo más recientemente (Foucault, 1977 y 1984) del “qué” del producto de ese proceso, su estructura o “anatomía”. Foucault describe el exterior de las relaciones necesarias que abarcan a esos objetos, es decir,

empíricamente aísla las relaciones necesarias de las contingentes. El realismo puede contribuir a conocer el interior de esos objetos, es decir, la naturaleza de las conexiones causales entre sus elementos constitutivos heterogéneos (Foucault, 1980: 194).

Causalidad, tiempo y espacio

La interpretación equivocada de la naturaleza de esos objetos es el origen de las principales dificultades para comprender a Foucault, en particular sus métodos de examinar los objetos. Tradicionalmente se distingue entre el trabajo arqueológico temprano y el trabajo genealógico posterior de Foucault (Burrell, 1988). Esta caracterización plantea el problema de la relación entre el discurso y el poder: ¿es Foucault un arqueólogo del discurso o un genealogista del poder? (Smart, 1983). Es importante contradecir esta interpretación porque fomenta una interpretación idealista de Foucault y oscurece su importancia como investigador empírico.

Quiero examinar la metodología de Foucault considerando su obra como la formulación gradual de un problema que es inteligible sólo si usamos su obra posterior como un punto estratégico para la retrospectión. Como dice Foucault, “uno siempre encuentra lo que es esencial después del hecho; las cosas más generales son las que aparecen al último” (Kritzman, 1988: 257). Propongo que consideremos los textos de Foucault en la forma en que él examina los de otros, no lateral u horizontalmente, en términos de periodos cronológicos, sino como la acumulación de sedimentos epistémicos. Sobre esta base argumentaré que la arqueología y la genealogía son métodos complementarios que trabajan en dimensiones diferentes, no métodos separados que representan periodos diferentes de su obra.

Para que tengan sentido la arqueología y la genealogía, quiero introducir la idea de que Foucault emplea un concepto realista de causalidad, que moldea su enfoque del tiempo y el espacio. Para Foucault, las cosas conectadas de manera causal no necesitan existir en el mismo tiempo y espacio; el “aquí y ahora” no es necesariamente significativo desde el punto de vista epistemológico (Urry, 1985: 23). Esto es evidente en su concepción del poder y la historia. Para Foucault, el poder es una cualidad de las relaciones sociales que “son quizás una de las cosas mejor escondidas en el cuerpo social” (Kritzman, 1988: 118). Estas relaciones están ocultas, señalo, porque son entre personas que

están separadas en el tiempo y el espacio. Son entidades no empíricas pero reales, que trascienden el tiempo, el espacio y las formas de organización. Del mismo modo, la visión tradicional de la historia, que la restringe a una concatenación de acontecimientos pasados, y de la historiografía como una descripción narrativa de la secuencia de esos acontecimientos, se basa en un concepto particular de la causalidad como conjunción constante, con el cual no está de acuerdo Foucault. Él emplea una visión bidimensional del tiempo. El tiempo existe en una dimensión horizontal como una secuencia de acontecimientos, y en una dimensión vertical como "capas de organización epistémica" de ideas de esos acontecimientos (Giddens, 1987: 213). La estructura epistémica es la "memoria profunda" de un proceso histórico, constituye una historia del desarrollo de un objeto (Bollas, 1987). Estas dimensiones horizontal y vertical del tiempo corresponden a la genealogía y la arqueología, respectivamente; ambos métodos sintetizan materiales que están separados en el espacio y el tiempo.

La arqueología es un método para extraer de abajo de la superficie de ideas y categorías ("digresiones locales") el objeto que es la condición materialista histórica de la existencia de esas ideas y categorías (Foucault, 1980: 233). Podríamos recordar las palabras de Bhaskar como una justificación adecuada de este método: el conocimiento "no se exhibe en el rostro del mundo, expuesto a la mirada del observador ocasional. Más bien está, en su mayor parte, oculto e incrustado en las cosas, y tiene que ser desenterrado mediante los esfuerzos teóricos y prácticos más arduos" (Bhaskar, 1986: 68). Foucault escogió el término arqueología para

sugerir que el tipo de análisis que yo usaba estaba desfasado, no en términos del tiempo sino en virtud del *nivel* en que se situó. Estudiar la historia de las ideas a medida que evolucionan no es tanto mi problema como el tratar de distinguir *debajo de ella* cómo uno u otro objeto pudo tomar forma como posible objeto de conocimiento. ¿Por qué, por ejemplo, la locura se convirtió, en un determinado momento, en un objeto de conocimiento correspondiente a cierto tipo de conocimiento? Al usar la palabra "arqueología" en lugar de "historia", traté de designar esta desincronización entre las ideas acerca de la locura y la *constitución de la locura como un objeto*. [Kritzman, 1988: 31; cursivas mías.]

Si atendemos a los comentarios de Foucault concernientes al "nivel" y el "tiempo", entonces la arqueología no debe ser considerada

como un cavar retrospectivo a través del tiempo cronológico, o el pasado, y el montaje de los restos en el "museo del conocimiento moderno", como expresa Harvey (1989: 56). Más bien, es un cavar por debajo de las categorías actuales para descubrir el objeto que representan. La arqueología es un método de abstracción compatible con el realismo. Mientras que el positivismo generaliza a partir de lo particular y deduce una comprensión de lo local a partir de leyes explicativas generales, la arqueología de Foucault extrae el conocimiento de mecanismos causales generales, difusos en toda la sociedad, a partir de sus manifestaciones particulares. Como señala Burawoy (1985: 18), "cada particularidad contiene una generalidad; cada régimen fabril particular es el producto de fuerzas generales que operan a nivel social o mundial". La arqueología es un método de extraer "lo general de lo particular" (Burawoy, 1985: 18). Su propósito es producir un modelo o una analítica para captar la lógica situacional (Atkinson, 1971: 174-179; Van Velsen, 1967: 141-149; Kritzman, 1988: 105) de localidades y contextos explicando los fundamentos o la microfísica de los mecanismos infinitesimales de poder que operan allí.

Es verdad que Foucault abandonó el término arqueología, pero permanece el *concepto* (1988: 31). "Arqueología" fue sustituida —sugiero— no por "genealogía" sino por "analítica" (Foucault, 1981: 82): un modelo o "cuadrícula de análisis" que describe la naturaleza y constitución de un objeto y capta su lógica y fundamentos. El cambio de "arqueología" a "analítica" coincide con un desplazamiento del interés de Foucault desde el "cómo" hasta el "qué" del poder; de una aceptación no crítica del poder soberano a un intento de definir el poder disciplinario (Foucault, 1980: 92 y 183-184). Foucault deja bien claro que esta analítica del poder se puede constituir sólo si se libera de la representación jurídico-discursiva del poder (Foucault, 1981: 82); "debemos", dice, "construir una analítica del poder que ya no tome la ley como modelo y código" (Foucault, 1981: 90). Necesariamente, entonces, la excavación de la "microfísica" del poder entraña una crítica de esas teorías sistematizantes y análisis descendentes que representan el poder en términos de la ley y "el Estado" (Marsden, 1992). Una analítica, entonces, es un modelo que describe la constitución o estructura de los objetos y es desarrollada mediante una crítica de las categorías constitutivas de éstos.

Por otra parte, la genealogía es un método para determinar la constitución de los objetos (Foucault, 1980: 117) por medio de una detallada descripción empírica de su formación histórica, práctica. Los

acontecimientos concretos son conjunciones de una multiplicidad de prácticas diversas, constituidas por un “sistema móvil de relaciones y síntesis” que la genealogía revela al seleccionar material del flujo de acontecimientos empíricos. Como en el caso de Marx, ese realista victoriano, la obra empírica de Foucault es concreta “porque es la concentración de muchas determinaciones y, por tanto, la unidad de lo diverso” (Marx, 1973: 101). La “síntesis” antes señalada es significativa, ya que la combinación de esos elementos y procesos “modifica cualitativamente cada entidad constitutiva” (Urry, 1985: 26) y es una razón importante de que tanto para el realismo como para Foucault no pueda haber una teoría “general”.

Esta interpretación realista da nueva forma a la interpretación tradicional de la metodología de Foucault. En lugar de representar periodos separados de la obra de su vida, la arqueología y la genealogía son métodos de análisis que operan en distintas dimensiones: la profundidad ontológica y el tiempo cronológico, “teoría” e “historia”, lo abstracto y lo concreto. En palabras de Foucault, “la ‘arqueología’ sería la metodología apropiada de este análisis de digresiones locales, y la ‘genealogía’ sería la táctica mediante la cual, sobre la base de las descripciones de estas digresiones locales, entrarían en juego los conocimientos sometidos que fueran liberados de ese modo” (Foucault, 1980: 85). Además, estos métodos son complementarios: “es cuestión de formar una cuadrícula diferente de desciframiento histórico comenzando de una teoría distinta del poder y, al mismo tiempo, avanzar poco a poco hacia una concepción diferente del poder mediante un examen más riguroso de todo un material histórico” (Foucault, 1981: 90-91). Esta interpretación de la metodología de Foucault explica su descripción retrospectiva de toda su obra como una genealogía (Foucault, 1980: 85-86).

El realismo y Foucault: la convergencia

En resumen, la síntesis de Foucault de materiales separados en el tiempo y en el espacio, su explicación de la constitución práctica y conceptual de cosas aparentemente evidentes por sí mismas y su descubrimiento de la microfísica de un objeto por debajo del flujo superficial de los acontecimientos empíricos, todo esto concuerda con la crítica y la alternativa que ofrece el realismo para la concepción de causalidad, la ontología y la teoría del positivismo. Sí, las genealogías

son “precisamente anticiencias” (Foucault, 1980: 83), pero ciencias *antipositivistas*.

El reconocimiento del propósito común del realismo y de Foucault es obstaculizado por los términos diferentes usados para describirlo y los métodos distintos que prefieren. Su propósito común es capturar los mecanismos causales de las formas sociales de experiencia. Bhaskar llama a esto “constitución del objeto”, Foucault, “anatomía”. Sus métodos respectivos son la crítica y la genealogía. La crítica “retrodeduce” a partir de categorías a las condiciones sociales constitutivas de esas categorías, con lo cual crea conceptos que describen estructuras sociales no empíricas reales. La genealogía descubre las capas de organización epistémica de los objetos de conocimiento mediante una reconstrucción de la historia de su formación. La crítica y la genealogía son momentos complementarios del análisis materialista histórico (Sayer, 1987), ya que abordan una tarea común desde direcciones diferentes. Los teóricos otorgan a la crítica prioridad lógica sobre la investigación empírica. Dirigen la atención al terreno historiográfico pertinente. Nosotros teorizamos una cosa y luego la describimos escribiendo su historia. Foucault, que no es un teórico social, invierte el orden de prioridad. Presenta una genealogía de la constitución práctica de la sujeción políticamente organizada —la locura, la criminalidad, la sexualidad— y nos deja el problema de teorizar acerca de lo que ha hecho. Esto explica la gran cantidad de literatura secundaria.

Finalmente —y esto es esencial para el análisis organizacional— el realismo y Foucault proporcionan críticas complementarias de la dicotomía entre teoría y práctica y de los conceptos empiristas de poder del positivismo. La idea del realismo acerca del carácter interno de las relaciones sociales y las categorías es compatible con la idea de Foucault del poder-conocimiento. Foucault muestra cómo el control de un objeto requiere el conocimiento de la naturaleza del objeto. Los mecanismos del poder disciplinario son simultáneamente instrumentos para la formación y la acumulación de conocimientos. Disciplinar es un acto de individualización y de categorización. El poder y el conocimiento, concebidos por el positivismo como independientes, están internamente relacionados y se combinan para formar el “poder/conocimiento”, un concepto análogo al de “espacio/tiempo” (Hawking, 1988: 15-34). Foucault disuelve entonces las tradicionales distinciones positivistas entre poder y conocimiento, práctica y teoría. Debemos, dice Foucault, “abandonar toda una tradición que nos permite imaginar que el conocimiento puede existir sólo cuando se anulan las relaciones de poder, y que el

conocimiento se puede desarrollar sólo fuera de sus mandatos, sus demandas e intereses" (Foucault, 1977: 27).

El realismo y Foucault proporcionan críticas complementarias y alternativas para los conceptos tradicionales de poder, que comúnmente lo conciben en términos de negación y represión de las acciones de quienes no tienen poder por parte de los poderosos (es decir, "control"). Para Foucault, si bien el poder disciplina, también habilita y produce. Para el realismo, "en lugar de que A haga a B hacer algo que de otra manera B no haría, las relaciones sociales de poder generalmente implican a A y B haciendo lo que *ordinariamente* hacen" (Isaac, 1987: 96). No puede haber poder sin resistencia, porque es la relación entre A y B la que causa el comportamiento de ambos: "no se trata de que el comportamiento del esclavo sea causado por el comportamiento del amo; más bien, la relación entre amo y esclavo es la causa material del comportamiento del amo y el esclavo" (Isaac, 1987: 85-86). El realismo y Foucault pueden concordar en que el poder se manifiesta en las relaciones que los mecanismos de las relaciones sociales son no empíricos; que, mientras las prácticas sociales son conceptualizadas, rara vez lo son sus interconexiones y, por consiguiente, éstas deben ser reveladas mediante la abstracción y reconstruidas mediante la historia empírica. El realismo se ocupa de lo que es el poder; Foucault, del ejercicio y los efectos del poder.

Esta interpretación realista de Foucault corrige las interpretaciones posmodernas e historiográficas que, sostengo, oscurecen lo que Foucault tiene que decir e inhiben el despliegue de sus ideas en el análisis organizacional. Las interpretaciones posmodernistas de Foucault, que desconfían de "toda narrativa que aspire a la coherencia" (Harvey, 1989: 350), son estimuladas por las críticas de Foucault de la "teoría" y la ciencia y por su preocupación por la microfísica del poder. Como el poder es local y fragmentario, no puede ser conectado o representado por una metateoría: la "incredulidad hacia las metanarrativas" es la definición de Lyotard del posmodernismo (citado en Harvey, 1989: 45). Podríamos observar la falta de familiaridad de Foucault con esta interpretación: "¿A qué llamamos posmodernidad? —pregunta a un entrevistador—, no estoy actualizado. Nunca he entendido con claridad qué querían decir en Francia con la palabra 'modernidad' —dice—, ni tampoco capto el tipo de problemas a que alude este término... o cómo serían comunes a personas consideradas 'posmodernas'" (Kritzman, 1988: 33-34). Caracterizar a Foucault como un posmodernista es un error: no es un posmodernista. Se opone

específicamente a la ciencia *positivista* y a su implícita ontología empirista y su concepción de la teoría. Rechaza "la generalización de acontecimientos relativamente específicos y localizados en leyes generales en gran escala del desarrollo" (Giddens, 1985: 37) y su corolario, la explicación de acontecimientos locales apelando a alguna teoría general abarcadora. Foucault se opone a este método positivista por dos razones. El método no puede explicar la microfísica del poder y descalifica o desacredita ("subyuga") los conocimientos locales que podrían hacerlo. Foucault no niega la existencia de una ley general del poder, de hecho argumenta que la lógica de las relaciones de poder se desarrolló en el tiempo y el espacio; Foucault sólo niega que un conocimiento de esta lógica se pueda deducir de leyes explicativas basadas en generalizaciones empíricas. Ciertamente, hay leyes generales, pero no pueden ser deducidas a partir de generalizaciones. Las leyes de las relaciones de poder —su microfísica— son análogas a las leyes de la dinámica de los fluidos: invariables en todos los ríos, pero cada río es diferente (Harvey, 1989: 343-344). Cómo se manifiesta en la práctica la lógica del poder, depende del contexto; el poder siempre es negociado y, por tanto, dependiente de las habilidades políticas y las circunstancias de su despliegue (Isaac, 1987).

Ésta, entonces, es la base de la oposición de Foucault a una "teoría general", que se usa para sustentar una interpretación posmodernista de su obra.

Asimismo, las críticas de Foucault que hacen los historiógrafos se vuelven redundantes con una interpretación realista. Leer a Foucault es incómodo para quienes están acostumbrados a las formas ortodoxas de escribir la historia, ya que no proporciona una narración de una secuencia de acontecimientos, no se examinan los temas en orden temporal y hay cortes en la descripción cuando el lector espera continuidad (Giddens, 1987: 213). A pesar de ser verdaderas, esas críticas se basan en una interpretación equivocada del proyecto de Foucault. El propósito de Foucault es delinear un objeto mediante una descripción de las prácticas que lo constituyen, diversas en el tiempo y el espacio; no es elaborar una narración de la secuencia de acontecimientos, ideas o instituciones del pasado. Es útil establecer una analogía con el psicoanálisis. A partir de la narración del psicoanálisis, el psicoanalista "retrodeduce" un modelo de la estructura del ego del sujeto analizado, un proceso organizador inconsciente surgido de una dialéctica entre este núcleo interior y el medio externo (Bollas, 1987: 8). La estructura del ego es la internalización de un proceso, una forma de "memoria

profunda" (Bollas, 1987: 50); constituye una "historia del desarrollo de la persona" (Bollas, 1987: 50). El propósito del psicoanálisis no es investigar la biografía del sujeto analizado sino discernir la estructura del ego a partir de la "lógica privada de la asociación secuencial... implicada en el discurso del paciente" (Bollas, 1987: 1). No es probable que esta lógica de asociación se limite a conjuntar acontecimientos dentro del mismo espacio y tiempo. La relación entre los acontecimientos es más importante que los detalles de su secuencia cronológica y su localización. El objeto de psicoanálisis no existe dentro de los conocimientos tradicionales del tiempo y el espacio: tampoco el objeto de Foucault. Éste es un historiador de la constitución de los objetos, no un narrador de la secuencia de acontecimientos. La sexualidad, por ejemplo, es un objeto en el sentido de que el ego es un objeto. "Lo que quiero hacer evidente es precisamente que el objeto 'sexualidad' es en realidad un instrumento formado hace mucho, y que desde hace siglos ha constituido un aparato de sujeción" (Foucault, 1980: 219). Así como el psicoanalista usa el conocimiento del ego del sujeto analizado para orientar la comprensión de su presente y su pasado, el trabajo de Foucault orienta el conocimiento de los objetos que se dan por sentados explicando su formación histórica. En este sentido, Foucault es un historiador del presente y un filósofo del pasado.

La lógica situacional y la etnografía organizacional

Reitero que "organización" es el nombre de una abstracción de la corporación que es materializada e interpretada como un objeto concreto evidente por sí mismo, constituido por regularidades del comportamiento y generalizado en explicación de diversas formas sociales: "en primer lugar, se hace una abstracción a partir de un hecho; luego se declara que el hecho se basa en la abstracción" (Marx, 1976: 481). Es precisamente esta concepción positivista de la organización —la realidad como un espacio cerrado bien delimitado, un medio interno que habita en un medio ambiente externo (Cousins y Hussain, 1984: 261)— lo que cuestiona Foucault.

Las disciplinas son precisamente principios organizadores. Son técnicas que subdividen y organizan el tiempo, el espacio y el movimiento; mecanismos micropolíticos que exploran, descomponen y reestructuran el funcionamiento del cuerpo, materializados en la arquitectura de los edificios. Estas técnicas organizadoras se aplican mediante la

observación jerárquica, las sanciones normalizadoras y el examen, que se combinan para determinar normas o reglas de conducta —actividad, comportamiento, lenguaje, sexualidad— y moldear (o "normalizar") a las personas para que se ajusten a ellas. La importancia de Foucault para el análisis organizacional es que mediante la investigación de una serie de instituciones de los siglos XVIII y XIX —penitenciarías, manicomios, escuelas primarias, instituciones militares— mostró cómo están constituidas realmente estas cosas evidentes por sí mismas.

Una interpretación realista de Foucault es útil para el análisis organizacional en dos formas. Primero, ayuda a explicar y desarrollar el modelo de disciplina de Foucault al crear el espacio teórico dentro del cual se puede imaginar (Bhaskar, 1989: 19) y explorar el interior o el lado oculto de sus estudios empíricos del poder. Esto es necesario porque, como reconoce Foucault, su trabajo se refiere a problemas que no se podían hacer explícitos por causa de la forma en que los planteó (Kritzman, 1988: 243). Por ejemplo, el tema central de su obra —la "problematización", cómo están constituidos los objetos desde el punto de vista práctico y conceptual— nunca fue suficientemente aislado (Foucault, 1988: 257). Sugiero que los problemas de Foucault fueron formulados de manera inadecuada porque él carecía de una ontología alternativa para el positivismo que tan concienzudamente demolió. En segundo lugar, al insistir en la necesidad del análisis sustantivo, el realismo distingue el trabajo de Foucault del de sus epígonos —"una teoría presuntuosa disfrazada en una jerga innecesaria"— y lo revela como una guía perceptiva para la investigación empírica, y no como un nuevo lenguaje de teorización de café (Silverman, 1985: 82).

El método empírico de la teoría de Foucault es la etnografía organizacional. La etnografía restablece las conexiones entre "organización" y "sociedad", cortadas por las abstracciones positivistas, al demostrar la lógica situacional de esos mecanismos causales de estructuras que restringen y permiten la acción social, su medio y su resultado. En palabras de Foucault, debemos investigar en "el punto en que el poder llega a la textura misma de los individuos, toca sus cuerpos y se inserta en sus acciones y actitudes, su discurso, su proceso de aprendizaje y su vida cotidiana" (Foucault, 1980: 39). Ésta es la censura final a la teoría positivista de la organización. A pesar de su proclamada afición por los datos empíricos, sólidos y reales, los positivistas rara vez se ensucian las manos con la etnografía. De hecho, se han ocupado de que este "método de indagación que combina ideas teóricas sociales con técnicas para la reunión de datos" (Rosen, 1991: 4-5) esté "casi total-

mente ausente de la literatura sobre la ciencia administrativa” (Rosen, 1991: 22; a propósito de esto, véanse Burrell y Morgan, 1979: 399). La preocupación por la etnografía de Silverman —ese primer “guerrero de los paradigmas” de la organización (Aldrich, 1988: 19)— es una lección para todos nosotros (Silverman, 1991).

Los etnógrafos practican un tipo de abstracción muy distinta de la de los positivistas: no se trata de la extrapolación de la muestra a la población sino de la abstracción de lo general —la microfísica del poder— a lo particular (Burawoy, 1985: 18). La etnografía se basa “en otros estudios, no en el sentido de que retoma donde otros abandonan, sino en el sentido de que, mejor informada y mejor conceptualizada, se sumerge más profundamente en la misma cosa” (Geertz, en Rosen, 1991: 19). Cada forma organizacional particular es moldeada por fuerzas sociales que están difundidas en la sociedad. Esas formas celulares de poder contienen el código genético de la política del cuerpo más grande, el Estado. No son simplemente microcosmos de este cuerpo: lo constituyen, como lo hacen las células reales. Esa muy buscada pero elusiva “sociedad más amplia” o “ambiente” externo en realidad no existe (Donaldson, 1985: 121; Child, 1988).

No podemos generalizar o extrapolar a partir del análisis de Foucault de la historia social francesa para explicar modos contemporáneos de organización en, digamos, Canadá, Gran Bretaña o los Estados Unidos de América. La idea es absurda (podríamos recordar por qué Foucault se oponía a una “teoría general”). El modelo de poder de Foucault tiene aplicaciones mucho más productivas. En primer lugar, puede impulsar críticas de los análisis “descendentes” existentes, reconceptualizar lo que —aquí— se conoce como estudios de la organización y con ello desarrollar el modelo de Foucault y reorientar la investigación empírica. En segundo lugar, se puede aplicar este modelo en investigaciones importantes evaluadas conforme a los criterios de exhaustividad, independencia y consistencia (Hanson, 1958; Sayer, 1979: 115; Isaac, 1987: 68-69; Clegg, 1989b: 126) y revisadas o transformadas según sea pertinente. La tesis de Foucault acerca de que las disciplinas están presentes en la constitución de una serie de formas organizacionales interconectadas, donde se desarrollan y perfeccionan estas técnicas, es altamente plausible y también manifiestamente verificable, si bien en una forma realista, más bien que positivista (Sayer, 1984).

Me gustaría concluir señalando tres áreas importantes que se prestan para el enfoque del análisis organizacional propuesto aquí:

1) Si bien rechazo la caracterización de Foucault como un posmodernista, su modelo es un poderoso instrumento en el análisis empírico de la condición historicogeográfica de la posmodernidad: la transformación en la experiencia del espacio y el tiempo ahora evidente en la organización de la producción, la arquitectura y el diseño urbano (Harvey, 1989; Zukin, 1991; Soja, 1989; Jameson, 1991). Foucault obliga a los analistas organizacionales a aventurarse más allá del *cordón sanitario* del positivismo (Clegg, 1988: 11) y a tomar la geografía con seriedad.

2) Un análisis foucaultiano revela las reglas y técnicas de la contabilidad, el manejo de los recursos humanos y las relaciones industriales como procedimientos para transformar problemas micropolíticos en problemas técnicos que pueden resolverse con un conocimiento más detallado y mejores técnicas de manejo (Smart, 1983). Son “tecnologías organizacionales de la personalidad” (Martin *et al.*, 1988), medios para observar, examinar y normalizar el desempeño y el comportamiento de los empleados (Townley, 1990, 1991, 1992, 1993; Marsden y Townley, 1991).

3) Finalmente, una interpretación realista de Foucault, combinada con la reconstrucción realista de Sayer (1987) del marxismo “tradicional” facilita un acercamiento entre Marx y Foucault y su análisis combinado de la organización de esas estructuras primarias dentro del capitalismo: las relaciones sociales de producción (Marsden, 1992). ¿Acaso la descripción que hace Foucault de la descomposición y la reconstitución del cuerpo no es precisamente una explicación de cómo las relaciones de producción están organizadas en formas empíricas, de cómo el trabajo se convierte en un poder o “fuerza” productiva? (Sayer, 1987; Marsden, 1992; Foucault, 1977: 26).

Conclusiones

La relación entre “organización” y “sociedad” es la que existe entre lo empírico y lo no empírico; son caras (el anverso y el reverso) de las mismas relaciones sociales, conectadas verticalmente, no horizontalmente. El modelo de Foucault de las prácticas disciplinarias es una descripción de cómo relaciones sociales no empíricas están organizadas, en el espacio y en el tiempo, en formas empíricas. El poder-conocimiento es una propiedad de las relaciones sociales, materializada en las reglas

de las prácticas disciplinarias. Hacer política en torno de estas reglas es el fundamento ontológico de las organizaciones, que estructuran su arquitectura, constituyen la subjetividad, adiestran el cuerpo y moldean la personalidad. Corresponde al etnógrafo captar la lógica situacional de estas reglas de la vida en la organización. Como el capital, la organización no es una cosa, es un proceso: es el sitio de esas prácticas, la resistencia y las luchas contra ellas; mejor aún, es “organizar”, “gobernar” o “modos de regulación”. Es por eso que “los límites de la organización... no pueden ser especificados *a priori*” (Clegg, 1989a: 110). Las “organizaciones” —escuelas, hospitales, corporaciones, sindicatos, ejércitos, asilos, prisiones— están evidentemente separadas, pero en realidad son partes de una estructura entrelazada (Burrell, 1988: 232). Contrariamente a lo que sostiene Donaldson, “no hay un afuera” (Foucault, 1977: 301).

Las conexiones internas entre la organización y la sociedad —entre una superficie evidente y una estructura profunda— nunca pueden ser captadas por una teoría positivista de la organización, ya que la ontología plana de esta teoría no puede reconocer la profundidad de los objetos sociales. Desconoce la posibilidad de la existencia de cosas no empíricas y, por consiguiente, está ciega a las conexiones causales entre la sociedad y sus formas organizacionales, por lo cual las concibe como islas autónomas en un mar social. Niega el espacio teórico dentro del cual se puede conceptualizar la relación entre organización y sociedad; hace imposibles las definiciones reales de la constitución de los objetos; reduce los conceptos abstractos a recursos heurísticos y concibe la abstracción como la generalización a partir de lo empírico. Éstas son las características contenidas en la teoría positivista de la organización, institucionalizada en las escuelas comerciales, protegida por su método hegemónico y defendida vigorosamente por Donaldson. Al considerar la defensa que hace Donaldson, es importante subrayar que la crítica de la teoría de la organización no era simplemente antipositivista sino que también contenía la simiente de una ontología realista. En este trabajo se argumenta que un conocimiento del realismo neutraliza la defensa de Donaldson y proporciona la base para una concepción alternativa —foucaultiana— de las organizaciones.

Referencias bibliográficas

- Abrams, P. (1988), “Notes on the Difficulty of Studying the State”, *Journal of Historical Sociology*, 1/1, pp. 58-89.
- Aldrich, H. (1988), “Paradigm Warriors: Donaldson Versus the Critics of Organization Theory”, *Organization Studies*, 9/1, pp. 19-25.
- Atkinson, D. (1971), *Orthodox Consensus and Radical Alternative: A Study in Sociological Theory*, Londres, Heinemann.
- Australian Journal of Management* (1989), Prefacio del editor a Donaldson (1989), 14/2, p. 244.
- Baddeley, S. y K. James (1987), “Owl, Fox, Donkey or Sheep: Political Skills for Managers”, *Management Education and Development*, 18/1, pp. 3-19.
- Barnard, C. (1938), *The Functions of the Executive*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- Bernstein, R. J. (1983), *Beyond Objectivism and Relativism: Science, Hermeneutics, and Praxis*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.
- Bhaskar R. (1978), *A Realist Theory of Science*, Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf.
- (1986), *Scientific Realism and Human Emancipation*, Londres, Verso.
- (1989a), *Reclaiming Reality: A Critical Introduction to Contemporary Philosophy*, Londres, Verso.
- (1989b), *The Possibility of Naturalism: A Philosophical Critique of the Contemporary Human Sciences*, 2a. ed., Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf.
- Bollas, C. (1987), *The Shadow of the Object: Psychoanalysis of the Unthought Known*, Nueva York, Columbia University Press.
- Bray, M. y C. R. Littler (1988), “The Labour Process and Industrial Relations: Review of the Literature”, *Labour and Industry*, 1/3, pp. 551-587.
- Burawoy, M. (1985), *The Politics of Production: Factory Regimes under Capitalism and Socialism*, Londres, Verso.
- Burrell, G. (1984), “Sex and Organizational Analysis”, *Organization Studies*, 5/2, pp. 221-235.
- (1988), “Modernism, Postmodernism and Organizational Analysis 2: The Contribution of Michel Foucault”, *Organization Studies*, 9/2, pp. 221-235.
- Burrell, G. y G. Morgan (1979), *Sociological Paradigms and Organizational Analysis: Elements of the Sociology of Corporate Life*, Londres, Heinemann.
- Child, J. (1988a), “On Organizations in their Sectors”, *Organization Studies*, 9/1, pp. 13-19.
- (1988b), “Letter to the Editor”, *Organization Studies*, 9/1, pp. 43-144.
- Clarke, S. (1982), *Marx, Marginalism and Modern Sociology: From Adam Smith to Max Weber*, Londres y Basingstoke, Macmillan.
- Clegg, S. R. (1977), “Power, Organization Theory, Marx and Critique”, en

- S.R. Clegg y D. Dunkerley (eds.), *Critical Issues in Organizations*, Londres, Routledge and Kegan Paul, pp. 21-40.
- (1983), "Phenomenology and Formal Organizations: A Realist Critique", en S. Bacharach (ed.), *Research in the Sociology of Organizations*, vol. 2, Greenwich, Conn., JAI Press, pp. 109-152.
- (1988), "The Good, the Bad and the Ugly", *Organization Studies*, 9/1, pp. 7-12.
- (1989a), "Radical Revisions: Power, Discipline and Organizations", *Organization Studies*, 10/1, pp. 97-115.
- (1989b), *Frameworks of Power*, Londres Sage.
- (1990), *Modern Organizations: Organization Studies in the Postmodern World*, Londres, Sage.
- Clegg, S. R. y D. Dunkerley (1980), *Organization, Class and Control*, Londres, Routledge and Kegan Paul.
- Coase, R. (1937), "The Nature of the Firm", *Economica*, IV, pp. 386-405.
- Cohen, S. (1989), "The Critical Discourse on 'Social Control'. Notes on the Concept as a Hammer", *International Journal of the Sociology of Law*, 17, pp. 347-357.
- Cohen, Sheila (1987), "A Labour Process to Nowhere?", *New Left Review*, 165, pp. 34-50.
- Cooper, R. y G. Burrell (1988), "Modernism, Postmodernism and Organizational Analysis", *Organizational Studies*, 9/1, pp. 91-112.
- Cousins, M. y A. Hussain (1984), *Michel Foucault*, Nueva York, St. Martin's Press.
- Donaldson, L. (1985), *In Defense of Organization Theory: A Reply to the Critics*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1987), "Strategy and Structural Adjustment to Regain Fit and Performance: In Defence of Contingency Theory", *Journal of Management Studies*, 24/1, pp. 1-24.
- (1988), "In Successful Defense of Organization Theory: A Routing of the Critics", *Organization Studies*, 9/1, pp. 28-32.
- Ellerman, D. P. (1983), "The Employment Relation, Property Rights and Organizational Democracy", en C. Crouch y F. A. Heller (eds.), *Organizational Democracy and Political Processes*, vol. 1, Chichester, Wiley, pp. 265-278.
- Foucault, M. (1971), *Madness and Civilization: A History of Insanity in the Age of Reason*, Londres y Nueva York, Tavistock.
- (1976), *The Birth of the Clinic: An Archaeology of Medical Perception*, Londres, Tavistock.
- (1977), *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*, Londres, Penguin.
- (1980), *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1872-1977*, Nueva York, Pantheon.

- (1981), *The History of Sexuality, Volume I: An Introduction*, Harmondsworth, Penguin.
- Giddens, A. (1976), *New Rules of Sociological Method: A Positive Critique of Interpretative Sociologies*, Londres, Hutchinson.
- (1987), "Structuralism, Post-structuralism and the Production of Culture", en A. Giddens y J. H. Turner (eds.), *Social Theory Today*, Oxford, Polity Press/Blackwell, pp. 195-223.
- Gregory D. y J. Urry (eds.) (1985), *Social Relations and Spatial Structures*, Nueva York, St. Martin's Press.
- Hanson, N. (1958), "The Logic of Discovery", *The Journal of Philosophy*, 55/25, pp. 1073-1089.
- Harvey, D. (1989), *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*, Oxford, Blackwell.
- Hawking, S. (1988), *A Brief History of Time: From the Big Bang to Black Holes*, Londres, Transworld.
- Hinings, C. R. (1988), "Defending Organization Theory: A British View from North America", *Organization Studies*, 9/1, pp. 2-7.
- Holton, G. (1968), "Mach, Einstein, and the Search for Reality", *Daedalus*, 67, pp. 636-673.
- Isaac, J. C. (1987), *Power and Marxist Theory: A Realist View*, Ithaca, Cornell University Press.
- Jameson, F. (1991), *Postmodernism: The Cultural Logic of Late Capitalism*, Durham, Duke University Press.
- Keat, R. y J. Urry (1975), *Social Theory as Science*, Londres, Routledge and Kegan Paul.
- Knights, D. y H. Willmott (1990), *Labour Process Theory*, Londres, Macmillan.
- Krips, H. (1990), "Power and Resistance", *Philosophy of the Social Sciences*, 20/2, pp. 170-182.
- Kritzman, L. D. (ed.) (1988), *Michel Foucault: Politics, Philosophy, Culture: Interviews and Other Writings, 1977-1984*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Kuhn, T. S. (1970), *The Structure of Scientific Revolutions*, Londres, University of Chicago Press.
- Lukes, S. (1974), *Power: A Radical View*, Londres y Basingstoke, Macmillan.
- Manicas, P. T. (1980), "The Concept of Social Structure", *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 10/2, pp. 65-82.
- Marsden, R. (1982), "Industrial Relations: A Critique of Empiricism", *Sociology*, 8/2, pp. 232-250.
- (1992), "'The State': A Comment on Abrams, Denis and Sayer", *Journal of Historical Sociology*, 5/3, pp. 358-377.
- Marsden, R. y B. Townley (1991), "Deconstructing Industrial Relations: Power, Rules and Foucault", ponencia presentada en la Canadian Industrial Relations Association Conference, Kingston, Ontario, junio.

- Marx, K. (1973), *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy*, Harmondsworth, Penguin.
- Marx, K. y F. Engels (1976), "The German Ideology", en *Karl Marx and Frederick Engels Collected Works*, vol. 5, pp. 23-539, Nueva York, International Publishers.
- Massey, D. y R. Meegan (eds.) (1975), *Politics and Method: Contrasting Studies in Industrial Geography*, Londres y Nueva York, Methuen.
- Mills, A. J. (1987/1988), "An Interview with Gareth Morgan: 'Sociological Paradigms and Organizational Analysis'", *Aurora*, 11/2, pp. 42-46.
- Outhwaite, W. (1987), *New Philosophies of Social Science: Realism, Hermeneutics and Critical Theory*, Londres, Macmillan.
- Pugh, D. S., D. J. Hickson, C. R. Hinings, K. M. Macdonald, C. Turner y T. Lupton (1963), "A Conceptual Scheme for Organizational Analysis", *Administrative Science Quarterly*, 8, pp. 289-315.
- Reed, M. I. (1985), *Redirections in Organizational Analysis*, Londres y Nueva York, Tavistock.
- (1988), "The Problem of Human Agency in Organizational Analysis", *Organizational Studies*, 9/1, pp. 47-68.
- Rosen, M. (1991), "Coming to Terms with the Field: Understanding and Doing Organizational Ethnography", *Journal of Management Studies*, 28/1, pp. 1-24.
- Salaman, G. y K. Thompson (eds.) (1980), *Control and Ideology in Organizations*, Cambridge, Mass., MIT Press.
- Sayer, A. (1984), *Method in Social Science: A Realist Approach*, Londres, Hutchinson.
- Sayer, D. (1979), *Marx's Method: Ideology, Science and Critique in "Capital"*, Londres, Harvester.
- (1987), *The Violence of Abstraction: The Analytic Foundation of Historical Materialism*, Oxford, Blackwell.
- Silverman, D. (1985), *Qualitative Methodology and Sociology: Describing the Social World*, Aldershot, Gower.
- (1991), "On Throwing away the Ladders: Rewriting the Theory of Organizations", ponencia presentada en el congreso "Towards a New Theory of Organizations", Keele University, Inglaterra, 3 al 5 de abril de 1991.
- Smart, B. (1983), *Foucault, Marxism and Critique*, Londres, Routledge and Kegan Paul.
- Soja, E. W. (1989), *Postmodern Geographies: The Assertion of Space in Critical Social Theory*, Londres, Verso.
- Storey, J. (1985), "The Means of Management Control", *Sociology*, 19/2, pp. 192-211.
- Townley, B. (1990), "Foucault, Power/Knowledge and its Relevance for HRM", ponencia presentada en la Employment Research Unit Annual Conference:

- "Employment Relations and the Enterprise Culture", Cardiff Business School, septiembre.
- (1991), "Managing by Numbers: Personnel Management and the Creation of a Mathesis", ponencia presentada en la 3rd Annual Interdisciplinary Perspectives on Accounting Conference, Manchester, julio.
- (1992), "In the Eye of the Gaze: The Constitutive Role of Performance Appraisal", en P. Barrar y C. Cooper (eds.), *Managing Organizations in 1992: Strategic Responses*, Londres, Routledge, pp. 155-202.
- (1993), "Performance Appraisal and the Emergence of Management", *Journal of Management Studies*, 30/2, pp. 27-44.
- Urry, J. (1985), "Social Relations, Space and Time", en Gregory, D. y J. Urry (eds.), *Social Relations and Spatial Structures*, Nueva York, St. Martin's Press, pp. 21-48.
- Van Velsen, J. (1967), "The Extended-Case Method and Situational Analysis", en A. L. Epstein (ed.), *The Craft of Social Anthropology*, Londres, Tavistock, pp. 129-149.
- Vincent-Jones, P. (1987), "Theory and Method Reconsidered: A Marxist Analysis of Trespass Law", *Economy and Society*, 16/1, pp. 75-119.
- Whittington, R. (1989), *Corporate Strategies in Recession and Recovery: Social Structure and Strategic Choice*, Londres, Unwin Hyman.
- Whitley, R. D. (1977), "Concepts of Organization and Power in the Study of Organizations", *Personnel Review*, pp. 54-59.
- Zukin, S. (1991), *Landscape of Power: From Detroit to Disney World*, Berkeley, University of California Press.